



## conversaciones

ENTREVISTA CON HORACIO GONZÁLEZ

# Para pensar imposibilidades puede estar la universidad

Por Liliana Córdoba\*

*Horacio González es uno de los intelectuales más importantes de nuestro país. Su calidez y su simpleza se conjugan con una lucidez que ha dado vida a muchas de las interpretaciones y debates más significativos de la Argentina contemporánea.*

*Es Sociólogo egresado de la UBA y Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de San Pablo, Brasil, donde vivió exiliado durante la dictadura militar. Profesor universitario por más de 40 años, hoy jubilado, ha escrito decenas de ensayos y novelas y ha participado del núcleo fundador de revistas que generaron*

*grandes polémicas en el campo intelectual de nuestro país, como el Ojo Mocho o Unidos. Dueño de una singularidad expresiva que se mueve, como a él mismo le gusta decir, entre el barroquismo y el latigazo esclarecedor de una frase que, cuando aparece, le arranca una sonrisa y un brillo especial en los ojos, va urdiendo con sus palabras lecturas y críticas de época, porque es así como piensa y ejerce su oficio de sociólogo: cercana a la filosofía, a la crítica cultural y a la actividad política. Fue uno de los primeros funcionarios nombrados por Néstor Kirchner en 2003 como*

111

director de la Biblioteca Nacional, gobierno al que se sumó cuando el kirchnerismo aún no existía y el nuevo presidente era una incógnita observada con recelo y desconfianza por la intelectualidad argentina. Esa disponibilidad ante las convocatorias militantes lo tiene siempre muy ocupado, ahora entre charlas, presentaciones de libros y algunas clases que sigue dictando.

Fue invitado por nuestra Facultad para inaugurar el Foro sobre Reforma Universitaria organizado en marco del I Congreso Nacional

de Ciencias Sociales “Las ciencias sociales a cien años de la reforma universitaria”. Aquí les compartimos fragmentos de una conversación donde Horacio González fue trazando un panorama de época difícil y aciago, pero no por eso despojado de esperanza. Una charla donde hizo justicia a su propia definición de lo que es un conversador: un junco pensante, que hace equilibrio frente al abismo porque es su libertad lo que balancea ahí.

**En tu conferencia reivindicaste a los reformistas por su pretensión de poner a la Reforma universitaria a la altura de la Revolución de Mayo. ¿En qué sentido planteas eso?**

En el Manifiesto Liminar, Deodoro Roca pone a la Reforma Universitaria en la escala histórica de la Revolución de Mayo.

Creo que, en el Manifiesto Liminar, Deodoro Roca pone a la Reforma Universitaria en la escala histórica de la Revolución de Mayo, lo cual es un hecho singular e irreplicable; y lo hace comenzando con una frase muy fuerte: “hombres de una república libre”. Todo el manifiesto diluye esa expresión, mostrando que no estamos libres, que las libertades faltan y por eso los dolores quedan. Hay ahí una manifestación contradictoria que le otorga la tensión posterior a todo el escrito. Se trata justamente de que no somos libres y el manifiesto va a procurar que lo seamos.

Hay otra frase en la que también puede leerse esa pretensión: “acabamos de romper la última cadena que en pleno siglo XX nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica”. Ese es un párrafo muy atrevido, que busca ponerse a la altura de la revolución de mayo porque alude a las necesidades anticlericales y antimonárquicas que aún tenía Córdoba, esa Córdoba que se redime gracias a los reformistas, porque así dice también el Manifiesto: Córdoba se redime. La alegoría es ingeniosa y también inusual, porque no era algo común poner la universidad a la altura de esos acontecimientos.

De ahí se desprende la idea de una universidad de vanguardia respecto del conjunto de la sociedad, que parece difícil de concretar bajo cualquier situación. De hecho, no ocurrió así en ninguna de las revoluciones de la época. Y con la Reforma pasó algo bastante inusual, la repercusión que tuvo en Perú, en la revolución cubana, que tiene en alguna medida ese modelo: el núcleo fundamental estuvo en la

universidad porque la toma del cuartel Moncada salió de la universidad. Una idea que postulaba que sólo la universidad podía mirar privilegiadamente a todos los demás ámbitos de la vida social. Esta idea es seriamente considerada por el movimiento estudiantil, porque en realidad fue la gran utopía de la Reforma, que se puede decir que todavía existe como utopía, y que nunca tuvo vigencia. Claro que Deodoro Roca no era ingenuo por pensar esto, pero toda su escritura es la de un humanista ilustrado que ve que el mundo degradado precisa una salvación por medio del espíritu intelectual y por eso puede pensar así a la universidad. Visto desde hoy, me parece que es algo que la universidad debería tener en cuenta, aunque admita la dificultad de concretarlo efectivamente. Pero la universidad puede estar para pensar imposibilidades, ¿por qué no? Creo que todas las derivaciones gremiales, laborales, etc., que son necesarias, no serían tan buenas si no se preservara ese espíritu de lo imposible, que es el espíritu mismo de la Reforma.

*Cada época histórica ha planteado, de alguna manera, una relación entre la universidad y el cambio, entre la universidad y la utopía. O sea, le ha dado un sentido a la universidad en relación a los otros ámbitos de esa sociedad y al propio devenir de esa sociedad.*

Si, es así. Si tenemos en cuenta al desarrollismo, por ejemplo, la imagen que dejó de la universidad es la prioridad de carreras como ingeniería, que se crean muchas en esa época. O con el peronismo la creación de las universidades obreras. El peronismo kirchnerista también planteó su imagen de universidad y, receloso de la Reforma, incurrió en el error de considerar a la gratuidad -que recién aparece en el 49- como algo superior a la estructura moral que tuvo la Reforma. Desde luego que no está mal recordar que hay una gratuidad que democratiza la universidad, y, por supuesto, que la demanda por gratuidad no estaba en la Reforma porque no tenía ese viso economicista.

*Es que la cuestión de clase no estaba tan presente todavía...*

Si, y además los reformitas eran hijos de una clase profesional. El kirchnerismo, en general, resurge a la universidad como un modo de diseminar la democracia en la función de conocimientos válidos y útiles para un mercado de trabajo vinculado a la soberanía nacional. Por eso el apoyo al CONICET, la construcción del ARSAT, etc. La idea de universidad se relaciona con la idea de soberanía científica y con una democratización que llegara a la periferia de las grandes ciudades. Y por

El kirchnerismo le agrega a la universidad -ya democratizada por efectos de la Reforma-, la amplitud de acceso y la fundación de nuevas universidades (...) un hecho que tendrá grandes consecuencias en los años próximos, consecuencias que hoy ni podemos imaginar.

eso reapareció el concepto de los universitarios de primera generación; lo cual me parece muy bueno. Pero el derecho a la universidad no es un concepto de la Reforma, no podría serlo. A la Reforma la postula alguien que entra previamente a la universidad y propone otro tipo de derechos que se realizan en la universidad. En cambio, el kirchnerismo le agrega a la universidad -ya democratizada por efectos de la Reforma-, la amplitud de acceso y la fundación de nuevas universidades. Se trata de un hecho que tendrá grandes consecuencias en los años próximos, consecuencias que hoy ni podemos imaginar. Pero ocurre que también el macrismo puede tomar perfectamente la ampliación del acceso y generar, a partir de esa democracia de igualitarismo súbito que tienen las universidades del conurbano bonaerense -que son muchas y con una población enorme-, una nueva meritocracia suburbana<sup>1</sup>.

*¿Cuando señalás ese riesgo estás pensando en la capacidad de absorción del macrismo, que también le has adjudicado al neoliberalismo en varias oportunidades?*

Sí, porque el neoliberalismo es una hipótesis de conciencia. Es una recreación de la idea de la fuerza del individuo, una suerte de mito productivo que descansa sobre la fuerza individual, la creación de un derecho que proviene de un esfuerzo singular. De ahí que, en esa idea neoliberal de comunidad y sociedad, el derecho surge de aquel que puede protestar porque tiene derechos teñidos de igualdad comunitaria con aquel que no trabaja, que recibe subsidios; y esto ha sido muy bien logrado por el macrismo. Por tanto, al absorber a individuos que pueden autoabastecerse por su vocación laboral -que en realidad no es más que una vocación de servidumbre convertida en una suerte de autoelogio de cuán correctamente se comporta el diagrama de trabajo, que ese individuo ni controla ni sabe cómo es- el neoliberalismo es peor que el fordismo. Es una especie de fordismo en torno a los símbolos, que cuestiona la idea anterior de comunidad organizada, una idea que también tenía sus dificultades, y que en todo caso tenía la dificultad contraria, porque puso al individuo no necesariamente bajo la coacción del Estado, pero organizó su felicidad en un ámbito público donde hay una heráldica ya constituida. Esta idea de la comunidad organizada siempre provocó muchas discusiones, porque parecía la anulación de la voluntad individual, aunque el peronismo hizo muchos discursos al respecto y más bien lo atribuía a la revolución soviética, mientras que

<sup>1</sup> Al momento de la realización de la entrevista no se habían producido las declaraciones de María Eugenia Vidal, que presagian una política de cierre de las universidades del conurbano bonaerense, más que la generación de una nueva meritocracia suburbana (nota de la autora).

responsabilizaba al individualismo a la manera británica, la idea de un emprendedor individual que desconocía su responsabilidad social; entonces, al camino intermedio le llamaba comunidad organizada, en la que había libertades individuales y responsabilidades colectivas. Podríamos pensar, entonces, la historia argentina de mediados de siglo XX hasta el macrismo, como el pasaje desde la comunidad organizada hacia el neoliberalismo.

El macrismo rompe el centro de la doctrina peronista, que persistió incluso con el kirchnerismo, por más que el kirchnerismo tomó temas inesperados, que superaron una frontera que Menem no había pasado y el llamado peronismo revolucionario tampoco: el kirchnerismo alivió la doctrina, introdujo otros autores, podía leer a Norberto Bobbio y Cristina citaba a Habermas. Siempre de una manera aleatoria, pero eso indicaba que había otras lecturas. Se alivió a Jauretche, que había tenido como resultado clausurar -con metáforas vivaces y un ingenio gauchipolítico muy respetable-, discusiones sobre las nuevas formas del capitalismo, o todo lo que implicaba la formación de nuevas sensibilidades.

La experiencia kirchnerista fue muy importante en ese sentido pero, lamentablemente, dejó librada a la decisión de ministros y funcionarios inferiores cuestiones importantes sobre el flujo de dinero, las licencias de medios de comunicación, las licencias de manejo del Estado en relación a licitaciones, amiguismos, etc. Aunque estos aspectos críticos no deberían invisibilizar el conjunto de innovaciones que logró son, sin embargo, aspectos que muchas veces pasan al primer plano. Las innovaciones, creo, consistieron en tratar de captar un espíritu de la modernidad también con cierta idea desarrollista, porque siempre el peronismo fue eso. En la época de Perón no había industria pesada pero había una industrialización que se presentaba de una manera épica, y sus discursos le hablaban a una Nación que, por un lado, tenía enemigos y, por el otro, se realizaba siempre y cuando se realizara cada uno de sus miembros. Había una épica en el desarrollismo peronista que Frondizi no tuvo, y Menem tampoco. El kirchnerismo la logró porque se adosó inesperadamente a la memoria de los desaparecidos y con eso constituyó su épica.

La situación de hoy me parece que es de un cambio muy brutal de estilo: aparecen en la política personajes que no tienen un tejido social o histórico que los respalde. Donde la confianza -que es un gran tema en realidad, un tema teológico- es usada y absorbida por el macrismo. Escuché a Macri decir que la confianza es la palanca de las sociedades, que es lo que hace que se generen posibilidades de acción. El macrismo trabaja sobre temas fundamentales como la confianza -un valor

colectivo para cualquier comunidad-, para transformarla en una micro célula que se suma a otra y se convierte en un valor de mercado. Todos los grandes conceptos asociativos son convertidos por el macrismo en transacciones mercadológicas. Entonces, ahí sí aparece la idea de absorber; con esto quiero decir que no es que el macrismo combata convicciones o razones de carácter conceptual, sino que los desarma y absorbe. Por eso, en los últimos tiempos, Marx puede ser absorbido, el peronismo puede ser absorbido. Creo que confían tanto en la idea de un individuo confiado en su propia fuerza, que trasladan la idea tradicional de carisma a la confianza como especie de amuleto para concebirse como un buen partícipe del mercado, un emprendedor. Un cambio de lenguaje que Cristina usó también, ya que en algunos discursos del kirchnerismo encontramos nexos con este lenguaje. Lo cual revela, en definitiva, que hay un espíritu del mundo -como diría Hegel- que el kirchnerismo no supo debatir sino que incluso dejó penetrar en los primeros tramos de su corteza, muy perforados por muchos de estos conceptos neoliberales. Si nos hubiéramos percatado de esto, creo que no nos sorprenderíamos tanto de muchas cosas que hoy son posibles. Por lo tanto, creo que el debate contra este combustible espiritual -que también es una degradación de Max Weber, del descubrimiento de unir salvación religiosa con un modo de concebir los negocios- es lo que nos convoca hoy. Y hoy el espíritu del capitalismo está en la estructura de la televisión, porque no hay nada en la televisión que no represente una forma de transacción empresarial. Hoy podríamos decir que el mundo financiero y el comunicacional circulan epistemológicamente homólogos. Y a eso el kirchnerismo no lo vio en toda su dimensión, porque Martín Sabatella llegó a la vereda de Clarín con un escribano a dividir la empresa. Si se quiere, un acto de gran ingenuidad, pero también un acto épico para recordar, tanto como sacar el cuadro de Videla.

### *¿Ese es el estatuto cultural que le darías a la ley de servicios de comunicación audiovisual?*

Sí, porque la pretensión era muy fuerte, porque desbarataba el modo de circulación de mercancías. Porque Clarín es una empresa con menos poder que Facebook, pero una empresa que tiene el control de la capacidad de consumo y de la capacidad de sentirse poseedor de la identidad de la persona. Clarín tenía algo así como el espíritu de las clases medias argentinas, del modo en que leían, de las operaciones informativas -que eran más moderadas que ahora-, con una redacción conformada por periodistas que habían sido parte de los años 70,

La medicina del macrismo es crear símbolos a través de figuras centrales (...) La figura de los hijos tiene peso porque lo muestra como parte de una familia normal que, de vez en cuando, va a la Casa Rosada y hace alguna cosa en beneficio de todos.

incluso de la guerrilla de esos años. Por eso, la redacción de Clarín es tan importante: hay en Clarín un grupo que sabe lo que somos nosotros, porque ellos fueron lo que nosotros somos. No te olvides que a la página política del '73 la dirigía Verbitsky. Entonces, Clarín conoce la filiación y la genealogía y todavía está en combate contra eso.

*Dijiste que el macrismo, en tanto forma de neoliberalismo en el gobierno de nuestro país, es un fordismo de símbolos. Ya en 2011 habías dicho que lo esencial en el macrismo es su "sistema de acercamiento". Hablaste del timbreo, por ejemplo, como una suerte de episodio mitológico, arquetípico que busca generar en ese contacto una transparencia que anularía todos los problemas ¿Cómo crees que funciona eso hoy socialmente?*

La medicina del macrismo es crear símbolos a través de figuras centrales. El símbolo que es Macri presidente en una reposería jugando con su hija. La figura de los hijos tiene peso porque lo muestra como parte de una familia normal que, de vez en cuando, va a la Casa Rosada y hace alguna cosa en beneficio de todos. Si eso no llegara a funcionar, y alguien pensara que un gobierno se compone con gente más parecida a Frondizi, a Putin o a Hillary Clinton que a un personaje distendido que hace chistes tontos, buscarán otra cosa. Hasta ahora nadie lo dijo, salvo Carrió y Beatriz Sarlo, dos referentes de la vieja ilustración argentina. Y como el neoliberalismo también ha absorbido al peronismo, que es una fuerza disecada, si Macri no funciona, el poder real en Argentina puede elegir algún tipo de peronista para que lo reemplace.

*En esa producción de los símbolos del macrismo de la que hablás hay un nombre central muy vinculado a las ciencias sociales como es el de Duran Barba, ¿qué nos dice ese nombre a quienes nos dedicamos a estudiar, enseñar, investigar ciencias sociales?*

Durán Barba en realidad es un gran impostor, un simulador. A veces se lo ve enojado, pero casi siempre está distendido y diciendo cosas muy tremebundas y al mismo tiempo supuestamente graciosas. Creo que es básicamente un político ligado a la sustentación y perduración del macrismo, y todo su mundo académico es una superchería. Usa instrumentos metodológicos que ya no son de estadísticas de la pobreza sino de modalidades funcionales, que es el tipo estadístico que hace Facebook. Al mismo tiempo, Duran Barba tiene mucha gente en la calle, trolls, distintos agentes de captación de subjetividades. Son todas formas de control social que funcionan dentro de una sociedad administrada, como es la sociedad argentina de hoy.

*Y entonces, ¿qué lugar le otorgás a las ciencias sociales –pensando en tu experiencia como profesor y como estudiante- para una crítica transformadora de esta realidad?*

Como yo entré a la carrera de sociología cuando estaba dentro de la Facultad de Filosofía y Letras, era bastante diferente a las carreras de hoy. Me parece que sería bueno volver a cierta complementación entre sociología, filosofía y literatura, aumentando el número de materias optativas que se puedan cursar en otras carreras y facultades.

Mis primeras lecturas fueron las que un alumno de sociología tenía que hacer. Pero después, al aparecer Fanon –que fue muy importante para nuestra generación–, se abrió una veta muy importante. Primero, por la justificación de la violencia como creación del sujeto, no ya el *bitcoin* como la creación del sujeto, sino un acto de violencia fenomenológica. Luego por esa vía venía Sartre, que en ese momento era muy leído, y se había publicado su *Crítica de la razón dialéctica*, que era –y lo sigue siendo– un libro difícil, donde se criticaba al marxismo por razones metodológicas, pero se intentaba rescatarlo a través del tema de la existencia del otro desde la escasez, y de la pregunta en torno a cómo un Estado decide cuántas personas van a morir. Semejante a Durkheim respecto a la cuota de suicidas que tiene una sociedad cada año. Entonces, Sartre nos permitía ver casi a un Durkheim existencialista. Y después la cuestión literaria, que está abierta libremente a cualquier alumno. A mí me pareció, como a muchos, que no se podía estar al margen de la crítica literaria, abordada en gran medida como crítica social.

Un tercer momento consistía en ingresar a esa crítica literaria que, en ese momento –tal como la hacía, por ejemplo, la joven Sarlo en su libro *Modernidad periférica*–, fundaba en la idea de modernidad la clave de una nueva sociología. Y, a través de la idea de modernidad, se llegaba a Benjamin, una modernidad donde se podía despertar una centella mesiánica. Y es ahí donde se produjo la crisis interna de la sociología para quienes éramos antiguos, en la centella mesiánica de Benjamin.

Cuando entra Wright Mills también se produce otra crisis, por la crítica a la gran teoría. Y así, en mi caso, se fue configurando un escepticismo sobre la sociología clásica que, sin embargo, nunca afectó mi lectura de Weber. Todavía para mí Weber es un caso a ser leído al infinito.

Para ese momento, en las ciencias sociales no había un ideal científico sino un ideal de lectura hermenéutica, semiológica. La ciencia política introdujo un ideal científico y también autores que la sociología había abandonado y son fundamentales, como Hobbes. En eso, la sociología fue muy arrogante.



*¿Y qué pensás de los rasgos de cientificidad que asume hoy la producción de conocimiento en las ciencias sociales?*

El CONICET, las becas, me parece que están muy bien, pero creo que al tener tanta necesidad de catalogar, clasificar, y establecer categorías excluyentes y exhaustivas –como se decía en la sociología de Germani–, la escritura comienza a profesionalizarse, a homogeneizarse y los modos de escritura ya casi no se distinguen entre sí. Este es un tema que no se resuelve llamando a la marca personal o a la originalidad del autor, sino que requiere otro tratamiento aliviando, por ejemplo, el compromiso de citar de una manera determinada. Creo que el pasaje de la cita francesa a la norteamericana fue un gran cambio, porque las citas codificadas pesan mucho sobre el cuerpo del texto. Pienso que habría que volver a la cita francesa o inventar otra, porque si no estamos leyendo códigos. ¿O alguna vez vamos a la bibliografía a ver qué significa el código?

Tiene que renacer una nueva militancia también en las universidades (...) convocaría a los estudiantes a preservar la clase. Creo que en la clase algún tipo de neutralidad tiene que haber, aunque esa neutralidad sea una ilusión que se puede disolver apenas trasponemos el umbral del aula.

*En tu último libro, “Saberes de pasillo. Universidad y conocimiento libre”, decís que alguna vez pudo esperarse que triunfaran las ciencias sociales en la figura del crítico de épocas, pero en cambio triunfaron en la figura del analista electoral, del sociólogo de la intención de voto y del armador de campañas. ¿Qué les propondrías hoy a los estudiantes que pretendieran revertir esos triunfos?*

Que lean el manifiesto de Deodoro, pero que no lo piensen como actual. Que lo piensen como un lindo anacronismo que invita a pensar la universidad en un plano histórico muy exigente y que a eso no debiéramos abandonarlo como idea ni los estudiantes ni los profesores. Que la militancia estudiantil depure su lenguaje, que no lo haga reposar en esquematismos con el pretexto de que si no “la gente no entiende”. Ya sabemos que el modo en que se entiende está sujeto a investigación en uno mismo también. Uno no es el que entiende y deriva al que no entiende con pedagogías aliviadas, creo que esta idea nos puede convertir a cada uno de nosotros en el que no entiende nada. Por eso, me parece que tiene que renacer una nueva militancia también en las universidades. Y, al mismo tiempo, convocaría a los estudiantes a preservar la clase. Yo viví mucho la politización de la clase, de la materia, del conocimiento, el maoísmo de “la política al mando”. Y hoy creo que hay ciertas cosas que hay que preservar. Creo que en la clase algún tipo de neutralidad tiene que haber, aunque esa neutralidad sea una ilusión que se puede disolver apenas trasponemos el umbral del aula, pero algo tiene que haber, porque si no ¿qué sentido tiene ese espacio?

Recomendaría también preservar un gusto por el libro antiguo y por las

La universidad está, en un sentido, para leer lo que nadie lee y, en otro, para leer lo que todos leen. Y también está para ver qué se habla en la televisión y equivocarse pensando que conceptos televisivos como “la grieta” tienen algún valor conceptual e interpretativo.

teorías derrotadas. Y la lectura de las producciones de la derecha, que creo que es indispensable. Creer que se puede refutar fácilmente a Weber, es de una gran ingenuidad. Lo mismo que no leer al positivismo porque ya lo refutó algún autor. Ningún pensamiento crítico puede obviar esas lecturas. Porque la universidad está, en un sentido, para leer lo que nadie lee y, en otro, para leer lo que todos leen. Y, también, para ver qué se habla en la televisión y equivocarse pensando que conceptos televisivos como “la grieta” tienen algún valor conceptual e interpretativo. La universidad tiene todos esos sustratos, está para leer lo que se escribió en el pasado y tiene una conciencia de que hay que leer lo que se escribe en el presente. La conciencia de leer la actualidad no es de ningún modo inútil ni innecesaria, por lo tanto, también es fundadora. Porque si la conciencia de leer la actualidad es profunda, nos lleva a leer los escritos que la anteceden y que son prefiguraciones de lo que vivimos. Y un aspecto más: la universidad está cruzada por todos los medios de comunicación, que tienen sus intelectuales específicos que, cuando invitan a un profesor universitario, producen una equívoca situación donde el intelectual parece ser el profesor, porque todavía la televisión no puede romper con el último vínculo de lo que siglos de civilización depositaron en el doctor o en el licenciado o en el que tiene suficiente saber. Digo que es un equívoco porque, en realidad, a los conceptos los produce la televisión, por eso se burlan. “Ayúdenos a pensar doctor”, pide el periodista. Pero ya está pensado, porque a los conceptos –en esta época– los produce la televisión. El doctor lo único que hace es convalidar el concepto que ya inventó la televisión. Si el profesor fuera y dijera... “mire, ese concepto de *grieta* en realidad no sirve para nada, es un concepto que la humanidad pensó hace siglos y lo sustituyen otros mucho más interesantes”... pero el profesor no se anima a decirlo. Entonces, habla también de grieta y termina utilizando el concepto. Y la televisión le agradece al profesor porque pudo usar su título de doctor de la universidad para convalidar un concepto que no está en la tradición universitaria, que no tiene potencialidad crítica y que, por el contrario, tiene la misión de obturar y de negar toneladas de imágenes y significantes críticos que sí se han producido en la universidad.

Hoy, es esta la realidad y el dilema de la crítica. Es por ello que el Manifiesto Liminar todavía tiene vitalidad y actualidad en su llamado a pensar lo imposible.

**\*Liliana Córdoba**

Argentina. Doctora en Ciencias Sociales (UBA). Especialista en Investigación de la Comunicación y Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Nacional de Córdoba. Profesora adjunta regular de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba. Investigadora en el campo de la sociología de la comunicación. Trabaja temas relacionados a comunicación, política, información y espacio público.

